

CAPÍTULO I: DECISIÓN

— **A**mador, hijo, piénsalo bien.

— Le digo que no hay más qué hablar, madre. En enero me voy a Guadalajara y me incorporo al cuartel.

La voz le salió cariñosa, como siempre que se dirigía a madre, pero al tiempo con una firmeza que a él mismo le sorprendió, y que mostraba claramente su determinación. Había estado preparando este momento durante semanas, tal vez desde el mismo día en que su padre murió. Madre comprendió que la decisión estaba tomada y calló. Sería inútil decir nada. En su mundo las decisiones de los hombres no se discutían, y Amador era ahora el hombre. Se volvió a la cocina y se puso a trastear en el fuego.

Madre le había dicho que su padre, desde hacía mucho tiempo, tenía pensado vender algunas de sus tierras para cuando llegara el momento; las tierras eran buenas y compradores no faltarían en el pueblo; con eso y con algo de dinero que habían ahorrado quitando de aquí y de allá, pretendía obtener las dos mil pesetas necesarias para asegurar al hijo un servicio militar corto y cercano. Pagar la cuota evitaría que, cuando su hijo fuera llamado a filas, fuese destinado a

Marruecos. Si se pagaba, en lugar de pasar tres años en Melilla o Tetuán, se podría conseguir un destino de oficinas en la capital de la provincia o en Madrid durante cinco o diez meses. ¡Con dos mil pesetas se conseguía! Esta era la práctica habitual entre las clases acomodadas, a las que completar esa suma no suponía gran esfuerzo. Otra cosa habría sido para su padre, Diógenes Silva, un campesino.

Marina estaba con él cuando le comunicó la decisión a madre. Al salir de la casa le cogió la mano y le dijo casi en un susurro:

— No lo entiende, Amador. Tu madre no lo entiende.

— Lo he pensado bien, Marina. Llevo mucho tiempo pensándolo y creo que es lo mejor.

— Amador, tu padre no querría esto... Tú lo sabes.

Diógenes Silva nunca estuvo dispuesto a que su hijo fuera labrador, como él lo era. Quería para su hijo una vida alejada de la angustia y las estrecheces que la vida ofrecía al agricultor. Diógenes profesaba una declarada admiración hacia todas las personas *con carrera*, como él decía. Les veía superiores a los demás e imaginaba que llevaban una vida más feliz y menos azarosa que la que podían deparar el campo y las ovejas. Siempre los imaginaba limpios, de buenos modales, con gustos delicados — demasiado finos, diría alguien de pueblo—. Por ello decidió que Amador, su segundo hijo, debía estudiar para ser más feliz.

— Creo que es mi deber. Lo he pensado mucho. Mira, Marina, mi padre quiso que yo tuviera otro futuro distinto del suyo. A mí me gustaba el campo, quería ser campesino, pero padre insistía en que yo tenía que estudiar. Lloré mucho cuando me envió interno a Guadalajara. No quería abandonar Cañizar, ni a los amigos, ni a ti, pero lo hice. Al padre se le obedece, sobre todo cuando eres un niño. Yo, en el fondo, albergaba la idea de acabar en el internado y volver al pueblo,

pero cuando terminé el bachillerato se empeñó en que continuara. Me pagó los estudios en Madrid. Eso era caro. Lo menos que podía hacer yo era aprovechar el tiempo y su esfuerzo. Lo que no imaginaba es que además estaba ahorrando para evitar que el sorteo me destinara a África. ¡Dos mil pesetas! ¡Ni en dos años de trabajo gana tanto dinero un campesino en el pueblo!

El padre de Amador murió tres meses antes de su entrada en quintas. Lo encontraron en el campo, al pie del arado. Le falló el corazón. Amador llegó al pueblo el mismo día en que lo enterraron y ese mismo día madre le confesó las intenciones del padre respecto a su futuro. Desde ese momento su cabeza se vació de proyectos y se llenó de temores. Casi de repente se sintió lleno de una responsabilidad que nunca antes había tenido. Hasta entonces, padre era el que decidía; si había que comprar ganado, si era necesario reformar la casa, si había que comprar tierras como dote de su hermana, cuándo había que echar las ovejas al macho, a qué precio vender el grano, qué hacer si la cosecha era mala... A cualquier contratiempo encontraba una solución que, desde fuera, parecía sencilla. Lo que más le admiraba a Amador de su padre, era que nunca parecía preocupado. «Paso a paso» solía decir cuando apretaban los problemas, «paso a paso». Si la suya hubiera sido una familia de linaje ese hubiera sido, sin duda, el lema del escudo de armas. *Paso a paso.*

¿Y ahora qué hacer? Le faltaba poco para terminar la carrera de maestro; ya tenía incluso en proyecto ofrecerse para ocupar alguna plaza vacante en varios pueblos de la provincia. Estaba ilusionado con una profesión que hacía germinar en las mentes de los niños la luz del conocimiento, y que al igual que el campo, con trabajo y cariño ofrecería frutos generosos. Su vida parecía tener un horizonte definido.

Se casaría con Marina y en verano recorrerían algunos lugares de España con los que ella soñaba por haberlos visto en algunas fotografías de los periódicos y en las revistas gráficas que Amador llevaba a Cañizar desde Madrid cuando regresaba por vacaciones. San Sebastián, donde veranea el rey; Segovia, con su imponente acueducto; Sevilla, que Marina siempre asociaba a alegría; Cádiz, la del mar luminoso...

—El dinero será para madre. Si arrienda las tierras, con eso y con el dinero de la cuota tendrá suficiente mientras viva. Mi hermana y su marido la ayudarán en todo lo que puedan.

—¿Y tú? ¿Y nosotros? —susurró Marina.

—Yo sortearé para el servicio y cuando vuelva nos casaremos...

Y una lágrima asomaba a los limpios ojos azules de Marina. «Son tres años, Amador, y quién sabe dónde».

*Las muchachas de este pueblo
ya no se pueden casar,
porque han llamado a los mozos
al servicio militar.*

El día del sorteo el salón del ayuntamiento estaba repleto de vecinos, familiares y curiosos. Había una mezcla de nervios y euforia entre los mozos. Los nervios venían por la incertidumbre del destino; la euforia de sentirse, por una vez, protagonistas de algo importante, por ser el centro de atención de todos, para bien o para mal. De los once que tenían la edad para sortear, solo estaban presentes ocho; de los ausentes, uno había sido declarado no apto por no tener la estatura mínima reglamentaria, y los otros dos habían emigrado a América y, por tanto, serían considerados

prófugos. A cada uno de los ocho quintos¹ restantes le correspondía un número de acuerdo a sus apellidos, ordenados alfabéticamente.

* * *

El secretario del ayuntamiento extrae cuatro bolas... las de los quintos que serán destinados a África. Silencio total. El seis. Murmullos, resoplidos. El dos. Nervios, caras demudadas en Julián Bermejo y Braulio Lorenzo, los jóvenes a quienes les han adjudicado esos números...

El cinco. No es el mío. El corazón late con fuerza. Lo oigo perfectamente. ¿Los demás no lo oyen también? Estoy sudando. No puedo dejar de mover las manos. Estrujo la gorra. Me la paso de una mano a otra. Giro la cabeza. Por un momento entreveo el rostro de Marina. ¿Qué piensa? Mira al suelo. ¡Qué guapa es! Uno más. ¡El siete! La sala retumba. Ha estallado, llena de alivio. Me vuelvo hacia Marina. Ya no está. ¡Mi número es el siete!

* * *

El griterío retronaba en los oídos. Los mozos cuyos números no habían salido y sus familias, alborozados por su suerte, gritaban de júbilo sin reparar en la suerte de los demás. En la mala suerte de los demás.

En el imaginario colectivo de la gente del campo, África no evocaba lugares exóticos, aventura o misterio. Para la gente del pueblo, para la gente de Cañizar, África suponía algo lejano y sobrecogedor; África era sinónimo de guerra, ya que desde hacía muchas décadas se hablaba de los muertos en Ceuta, Tetuán o Melilla. El moro era un ser perverso

¹ Así se llamaba al mozo desde que sorteaba hasta que ingresaba en el servicio militar.